

Regina GRAFE

Entre el mundo ibérico y el Atlántico. Comercio y especialización regional, 1550-1650
Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 2005, 259 pp.

Nada mejor que las propias palabras de Regina Grafe para resumir las tesis más relevantes del libro que vamos a comentar: “hubo una expansión sustancial del comercio del norte de España a partir de la década de 1630 que fue estimulada por dos principales novedades: el aumento de la demanda de lana española en Inglaterra y un abastecimiento en aumento de pescado seco desde las colonias inglesas de América” (p. 152) procedente de Nueva Inglaterra más que de Terranova (p. 149); “este nuevo comercio alteró el patrón de integración comercial de la región en el contexto general español, europeo y extraeuropeo” (p. 135) y sirvió para que Bilbao se erigiera “como principal puerto y plaza mercantil” de la zona cantábrica (p. 162); finalmente, las ventajas comparativas de que gozaba la capital vizcaína sólo pudieron hacerse efectivas “cuando la entrada en el negocio de la lana se abrió a todos aquellos comerciantes de fuera de las instituciones mercantiles organizadas y sus monopolios [en otras palabras, el Consulado de Burgos] a principios del siglo XVII” (p. 187).

Para llegar a estas conclusiones la autora estudia, fundamentalmente, los *libros de averías* del Consulado de Bilbao (donde se encuentran registrados los barcos que entraron o salieron del puerto vizcaíno e hicieron efectivo el arancel que cobraba la institución, de acuerdo con el valor de los productos que llevaban), documentación diversa de naturaleza judicial (unos 270 casos sustanciados ante el corregidor de Bilbao o ante el consulado) y una selección “pragmática” de los registros notariales (de donde proceden, entre otras cosas, unos 1.200 contratos relativos a la exportación de lana por el norte de España).

Los productos que protagonizaron esta expansión comercial apenas fueron tres, ya que los mercaderes ingleses tendieron cada vez más a pagar el hierro vizcaíno y la lana castellana que adquirirían en España mediante la venta de bacalao norteamericano. Estaríamos hablando, pues, de un comercio triangular que conectaba Inglaterra, sus colonias en la América septentrional y el norte de España. Los paños y los granos, por el contrario, perdieron en el transcurso de la primera mitad del siglo XVII la importancia que habían tenido en el pasado (según R. Grafe, por la debilidad de la demanda castellana y por la difusión del maíz en la cornisa cantábrica, respectivamente).

Aunque en líneas generales estamos de acuerdo con las tesis defendidas por la autora, no podemos dejar de mencionar algunos aspectos de su investigación más que discutibles, pero que en última instancia no empañan en absoluto la valoración global de lo que consideramos es una significativa aportación al estudio de las relaciones mercantiles entre España e Inglaterra en la primera mitad del siglo XVII.

Para empezar está el tema de la verdadera importancia que tuvieron los intercambios entre Bilbao e Inglaterra. Afirma Grafe que su trabajo “pone en cuestión la atención que tradicionalmente y casi en exclusiva se ha prestado a Andalucía y a la Carrera de Indias” (p. 213) [por parte de los estudiosos de las relaciones mercantiles anglo-españolas en la Edad Moderna]. ¿Por qué lo pone en cuestión? ¿Acaso los intercambios entre Bilbao e Inglaterra fueron más importantes, en términos de valor de los bienes intercambiados, que los que mantuvieron otros puertos del país como Sevilla, Cádiz, Tenerife o Málaga? En las conclusiones no se ofrece una explicación al respecto por lo que la respuesta puede ser que se encuentre en las pp. 145-146 del libro, donde se afirma, nada más y nada menos, que la valoración hecha por un publicista inglés a principios de la década de 1640 de que “esta ciudad [Bilbao] manda por valor de 200.000 a 250.000 libras esterlinas” estaría “minimizando más que exagerando el volumen del comercio bilbaíno” (p. 146). La valoración que hace la autora de estas cifras debe ser producto de una confusión porque las 200-250.000 libras indicadas por el publicista no se refieren a las exportaciones llevadas a cabo por el puerto de Bilbao, sino —lo que también es bastante discutible— a las importaciones de pescado y paños con destino a Castilla y a toda la costa oeste del Cantábrico hasta la frontera con Portugal [la traducción al castellano del texto original inglés de 1640 se puede ver en *Estudios Vizcaínos*, año IV (1973), ns. 7-8, pp. 256-263]. No se puede concluir, como en algún momento hace R. Grafe, que las exportaciones de Bilbao con destino a Inglaterra equivalieran al 10-15 por 100 del valor total de las importaciones llevadas a cabo por el puerto de Londres. Bilbao era importante para el comercio exterior inglés, pero no tanto. En efecto, las cifras del puerto de Londres correspondientes a los años 1663 y 1669, estudiadas por R. Davis, sitúan en sus justos términos la verdadera importancia de la lana y del hierro exportados desde España a Inglaterra. Del total de las importaciones procedentes de España, estimado por Davis en unas 290.000 libras de media anual en 1663 y 1669, correspondieron a *todas* las importaciones de lana unas 26.000 libras esterlinas y a las de hierro algo más de 5.900 libras esterlinas. Nada hace sospechar que las exportaciones de lana e hierro se hubieran reducido drásticamente desde 1640 como para explicar diferencias tan abismales en las cifras. La lana y el hierro, por motivos distintos, constituyeron dos de los capítulos más importantes del comercio anglo-español en el siglo XVII, pero más importancia tuvieron en términos cuantitativos, por ejemplo, el vino o las pasas, por no referirnos a la plata americana sin la cual, sencillamente, el comercio exterior inglés en el Mediterráneo o en Asia no habría podido alcanzar la importancia que tuvo. Y, como es bien sabido, ni el vino, ni las pasas ni, por supuesto, la plata americana, llegaban a Inglaterra principalmente a través de Bilbao.

Por otra parte, considerar que los intercambios entre Bilbao e Inglaterra se desenvolvían al margen del conjunto de las transacciones comerciales entre España e Inglaterra no es acertado. Un ejemplo: los mercaderes británicos que acudían a

Canarias a comprar malvasía se encontraron en el siglo XVII con que tenían que pagar este vino con dinero contante y sonante, esto es, con plata, dado que las ventas de tejidos, ropas y otros productos no alcanzaban a pagar más que una pequeña parte de sus compras de caldos en las islas. Pues bien, por la correspondencia de John Paige, publicada en 1984 por G. F. Steckley, sabemos que de camino a Canarias, los mercaderes que participaban en estas negociaciones solían llevar pescado a Bilbao a fin de disponer en esta ciudad de plata con la que pagar parte del vino que adquirirían en Canarias, para lo cual utilizaban letras de cambio.

Una segunda observación se refiere al papel de Bilbao en el abastecimiento de pescado de la España interior (Madrid incluida). Es una lástima que R. Grafe no haya podido consultar la tesis doctoral, inédita, de R. Ling, *Long term movements in the trade of Valencia, Alicante, and the Western Mediterranean, 1450-1700* (Universidad de California, 1974) porque la investigación de Ling, centrada en el estudio de las importaciones de pescado y telas/ropas, arroja serias dudas sobre la afirmación de Grafe de que “la cantidad de pescado seco que llegaba a la capital [*Madrid*] procedente de la costa valenciana disminuyó enormemente desde la década de 1610 (...)” y aunque poco después se produjo una recuperación “no es probable que hubiera mucho bacalao importado desde la costa valenciana, por demasiado distante del Atlántico” (p. 180). Sin embargo, según Ling, los envíos de pescado a Castilla desde Alicante pasaron de algo menos de 825 toneladas anuales en 1628-1631 a casi 2.200 en 1699-1700 (p. 178), tratándose en su inmensa mayoría de bacalao inglés. Dado que la carga media de bacalao que transportaban los barcos procedentes de Terranova era de 80-90 toneladas, el abastecimiento de Castilla desde Alicante habría exigido, según Ling, la participación del 10 por 100 de los 200-250 barcos ingleses que a finales del siglo XVII faenaban frente a las costas de Terranova (p. 261).

No querríamos terminar esta reseña sin insistir de nuevo en el extraordinario interés del libro de R. Grafe. La identificación con sus nombres y apellidos de los miembros de la comunidad inglesa en Bilbao entre 1620 y 1650, y el estudio de las relaciones que mantuvieron entre sí y con los poderes y mercaderes locales, temas que no hemos mencionado con anterioridad, constituyen una excelente aportación al estudio de las comunidades mercantiles extranjeras en España.

José Ignacio Martínez Ruiz

Universidad de Sevilla